

Pavez Ojeda, Jorge. 2015. *Laboratorios etnográficos. Los archivos de la antropología en Chile (1880-1980)*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 598 pp.

Damián Gálvez González*

Freie Universität Berlin, Alemania

En las últimas décadas se ha escrito con determinación sobre las singularidades de la antropología en el Sur, particularmente en América Latina, evaluando sus perspectivas y proyecciones futuras. Hoy se puede hablar incluso de una antropología vernácula, latinoamericana, profundamente localizada, consciente de su tiempo, vale decir, informada de las condiciones históricas, políticas, económicas y culturales que hicieron posible su despliegue como disciplina científica en una región concreta. En un nivel muy primario, diríamos, para comenzar, que *Laboratorios etnográficos* también sobrevuela por la historia de la antropología en Chile, desempolvando la materialidad de sus archivos y caracterizando la biografía de sus principales precursores, o “padres fundadores” (p. 28), como les gusta llamarlos a Pavez para denunciar su posición patriarcal. Sin embargo, este extenso ensayo, valioso en hipótesis y sistematización documental, va más allá de la metódica descripción de un campo disciplinario. Si bien su escritura penetra los terrenos de una genealogía que ya ha sido correctamente documentada, lo suyo es, en el fondo, explicar las representaciones antropológicas producidas en estos *laboratorios* que forjaron una alteridad “radicalmente otra” para la emergencia de un proyecto nacional de homogeneización cultural. Un juicio crítico de las fuentes etnográficas en Chile a finales del siglo XIX, en efecto, exterioriza la infranqueable comunión que hubo entre conocimiento y poder en toda la arquitectura del sistema colonial, así como durante la formación de la República y su posterior expansión en la modernidad política. He ahí, quizás, la más simple y poderosa premisa del libro.

El laboratorio es un espacio construido para la experimentación, donde confluyen actores, procedimientos, métodos y prácticas. Pero los *laboratorios etnográficos*, dice Pavez, no son cualquier lugar, “son territorios completos sometidos a procesos de ocupación estatal y de colonización, y sus experimentos son las profundas transformaciones de las sociedades intervenidas por el proceso de expoliación

* Magister en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México y doctorando en Antropología Social y Cultural por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Freie Universität Berlin, Alemania. Becario CONICYT-DAAD. Es investigador del International Institute for Philosophy and Social Studies. Entre sus últimas publicaciones están: coautor en “Microbiografías y estudios de memoria en Chile: observaciones metodológicas desde la investigación social”. *Revista Cultura, Hombre y Sociedad* 27 (1): 159-181, 2017. Coautor en “La cultura política en el pueblo mapuche: el caso Wallmapuwen”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 62 (231): 137-166, 2017. dgalvezfu@zedat.fu-berlin.de

colonialista” (p. 26). La noción de *laboratorios etnográficos*, como podemos contemplar retrospectivamente en los poros de este ensayo, alude a un espacio creado para “la producción y acumulación de registros y marcas constitutivos de un archivo histórico de los pueblos colonizados” (p. 25). A su vez, en la especificidad de los casos estudiados –con Rodolfo Lenz, Tomás Guevara, Martín Gusinde, Max Uhle y Gustavo Le Paige– irrumpen de manera súbita diferentes “escenas de la escritura antropológica” (p. 28), abriéndose en ellas toda una malla de observaciones respecto a la dimensión política de los textos etnográficos, a sus problemas teóricos y empíricos, o a las instituciones y los cambios legales que se fueron implementando a medida que crecían los archivos de la antropología en Chile.

Por otro lado, los *laboratorios etnográficos* que examina Pavez bajo el prisma de una temporalidad extendida, diríamos centenaria, ponen de manifiesto que la ciencia alemana casi no tuvo punto de comparación en la institucionalización del conocimiento etnológico en Chile, al menos entre 1890 y 1945. Las figuras de Rodolfo Lenz y Max Uhle son ilustrativas. Y esto porque “en sus laboratorios se registran los flujos de información etnográfica [...] formándose redes de coproducción e instituciones de las cuales surgirán las primeras experiencias de patrimonialización de lo étnico, como la Sociedad de Folklore Chileno y el Museo de Etnología y Antropología, el primero de su tipo en el país” (p. 60). El pensamiento etnológico en Chile durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, en consecuencia, derivó en una específica forma de saber científico que asumió la autoridad de representar, traducir y “hablar” en nombre de “otras culturas” colonizadas por el poder estatal. Es más, tal vez por esta razón el autor decida con sentido histórico recuperar el año 1880 para demostrar la firme complicitad que hubo entre el florecimiento de la imaginación etnográfica y el despojo del territorio como fundamento político de la soberanía del Estado (anexión de Isla de Pascua, 1888; ocupación militar del *Wallmapu*, 1861-1883; “des-aymarización” del Norte Grande, 1883-1929, y genocidio selk’nam en Tierra del Fuego, 1880-1910).

El caso de Rodolfo Lenz, analizado en la primera parte del libro, es paradigmático por varias razones. Me limitaré a enunciar sólo dos. La primera, porque su trabajo de campo, que se prolongó durante varias décadas en el sur del país, ocupó un lugar importante en el estudio gramatical de la lengua mapuche a partir de la lingüística neohumboldtiana (pp. 72-84). En ese sentido, para Pavez es preciso también considerar que Lenz, junto con demostrar la existencia de una *lengua araucana* que diera cuenta del *Volkgeist* o *espíritu de un pueblo*, “se empeñó a pensar metódicamente los regímenes dialectológicos de traductibilidad entre la lengua mapuche y el español de Chile (etimologías, literatura oral, variantes dialectales y usos fonéticos)” (p. 62). En segundo lugar, la investigación antropológica del profesor Lenz viene a confirmar la participación que tuvo la ciencia alemana, sobre todo la etnología como *Volkgeistwissenschaft* (p. 64), en la constitución del nacionalismo chileno y en el despliegue del “colonialismo republicano” como expresión particular de los procesos de ocupación estatal sobre territorios indígenas. Ahora bien, y sin desconocer la

morfología descriptiva del capítulo, este se podría beneficiar si se agregara una mirada más atenta respecto a las consecuencias económicas y culturales asociadas a la colonización europea en las regiones del sur, como en Valdivia y Llanquihue, o si se proporcionara, conjuntamente, una exposición más detallada sobre la concurrencia de dicha empresa de conquista con la expoliación de tierras del pueblo mapuche en manos del Estado de Chile, el capital y colonos de origen alemán.

La tierra deshidratada de los Andes fue otro *laboratorio etnográfico* sometido al yugo colonial republicano. El desierto de Atacama apareció ante la mirada del extranjero como un depositario de objetos históricos y productos culturales, como “una bodega del potencial museo de la nación” (p. 443). La inmensidad oceánica de sus pampas, la abundancia mineral del subsuelo o la pretérita vida material alfarera que ahí yacía fueron algunas referencias iconográficas generales de un territorio que se transformó en una verdadera obsesión para la ciencia arqueológica y que derivó, como resultado de lo anterior, en un dispositivo de nacionalización del pasado que persiste aún en el Chile contemporáneo.

Friedrich Max Uhle, colaborador del destacado antropólogo alemán Adolf Bastian, fue uno de los principales representantes de este movimiento tectónico de la arqueología en Chile. Uhle no sólo contribuyó de manera decisiva a la importación de nuevas prácticas de recolección de datos para la investigación científica de la historia antigua de los Andes, sino que también ocupó un lugar sobresaliente en la dirección de diversas instituciones dedicadas a registrar, almacenar y clasificar la cultura material de las sociedades prehispánicas (pp. 169-170). Visto así, en este segundo capítulo, el autor resalta los innumerables aportes de Max Uhle al desarrollo de la arqueología americana panandina, como por ejemplo, “la introducción de la idea del tiempo en el estudio de las civilizaciones antiguas” (p. 180), o quizás lo más relevante para su etapa en Chile (1911-1919), “la exploración de yacimientos arqueológicos que habían sido referenciados pero nunca estudiados con los métodos de la arqueología científica: estratigrafía, registro de excavaciones, definición de estilos y secuencias temporales, y formación sistemática de colecciones de antigüedades” (p. 64). Con todo, para el lector sería interesante si el capítulo en cuestión también propusiera una conexión analítica directa, por un lado, entre las campañas arqueológicas en las que participó Max Uhle (así como la docilidad que estas mostraron con el proyecto hipernacionalista de chilenización), y, por otro lado, las nuevas modalidades con las que opera la ciencia arqueológica en Chile para comercializar en el mercado de la cultura una representación auténticamente pura y fetichizada del mundo indígena.

Uno de los principales nudos problemáticos del *laboratorio* de Martín Gusinde fue el trabajo de representación etnográfica de los pueblos australes (pp. 283-303). Ciertamente, las cuatro expediciones realizadas por el sacerdote y etnólogo alemán en Tierra del Fuego, entre 1918 y 1924, reflejan la notable atracción que generó la cultura fueguina tanto para antropólogos nacionales como para la discusión antropológica transcontinental. Sin embargo, este creciente interés por recolectar todo el material que fuera posible antes de la inminente catástrofe de su exterminio desvela que, si bien

es cierto que estos registros constituyen un acervo documental de incalculable valor para el conocimiento de los selk'nam, yámanas y kawéskar, no deja de ser menos cierto que, como lo explica Pavez, “esta conjunción entre el auge de una ciencia y la muerte de un pueblo obliga a preguntarse cómo se relacionan los agentes y los aparatos que operan en esta ‘desaparición’” (p. 261).

Otro elemento que destaca el autor en el tercer capítulo del libro es que los viajes de Martín Gusinde se desarrollaron en un contexto colonialista de misiones religiosas hacia los lugares más arcanos del planeta. Este fue, en efecto, el escenario político-teológico propicio para discutir acerca de las creencias de las sociedades patagónicas en relación con la idea de “monoteísmo primitivo” (p. 262), tan en boga por aquel entonces en la disputa de la antropología evolucionista anglicana y la escuela histórica-cultural austriaca. De esta manera, puede decirse que la aparición entre los yámanas del nombre *Watauinewa* (Dios), en la segunda expedición del cura alemán a Tierra del Fuego (1921), representa para Pavez un hallazgo bastante particular en la historia de la etnología sudamericana. Y esto porque, “en la muy católica República de Chile, el monoteísmo fueguino será ampliamente comentado y difundido, en una suerte de rehabilitación de los ‘salvajes’ que favorecía el intento del colonialismo chileno de darle credenciales morales y religiosas a los orígenes étnicos de la República” (p. 266). En ese marco se inscribe el viaje antropológico de Gusinde. Un largo periplo por la punta más austral del continente que fue extraordinariamente novedoso, por la sucesiva ejecución de técnicas etnográficas, por el material fotográfico construido en terreno, por la grabación de cantos y locuciones verbales en lengua indígena, y sobre todo, por la participación de la población nativa en modernas tecnologías de registro de su cultura.

El cuarto y quinto capítulos de la segunda parte del libro analizan las condiciones de producción para la escritura de la historia mapuche en las primeras décadas del siglo XX, para lo cual se toma el *laboratorio etnográfico* de Tomás Guevara, exprofesor normalista y rector del Liceo de Temuco. El trabajo etnológico de Guevara, siguiendo a Pavez, se caracterizó por escribir la historia del pueblo mapuche en *mapudungun* y castellano, en “doble columna” (p. 351), una historia en principio abierta a la experiencia común de la narración a partir del testimonio de una gran variedad de colaboradores, que no sólo se convirtieron en autores, editores o traductores de muchos textos (como Manuel Manquilef o Ramón Lienan), sino también, y más importante aún, en un grupo social que “contribuyó a la formación del primer movimiento político mapuche en la época de la reducción” (p. 321). Este proceso historiográfico de Guevara quizás tenga como punto más alto la publicación del libro *Las últimas familias i costumbres araucanas* (1913), manuscrito que, además de encerrar una serie de encrucijadas sobre la subordinación del pueblo mapuche al Estado de Chile, enseña que “la existencia desde finales del siglo XIX de mapuche letrados preocupados de escribir su historia [...] es todo un desafío a las ideas convencionales sobre la pura oralidad del conocimiento indígena y la supuesta centralidad del antropólogo como brazo mediador entre esa oralidad y su fijación en documentos escritos” (p. 324).

Para comprender a cabalidad lo que el autor nos quiere decir, cabría tener presente que el gabinete guevariano se encuentra en la órbita del encuentro colonial entre un observador soberano y un nativo no europeo, en una lógica evolucionista etnocéntrica que, en última instancia, buscaba “rescatar” los últimos vestigios de una “cultura inferior” para su definitiva asimilación a la sociedad chilena. Dicho punto cobra más sentido si consideramos el papel que desempeñaron las fotografías de la Misión anglicana en el *Wallmapu* (1896-1906), una clara muestra del poder de las imágenes que “entra en los amplios territorios mapuche como una herramienta más de los agentes de la colonización, un aparato que se suma a otros instrumentos que conforman el dispositivo de la conquista” (p. 386). Si bien es más o menos difícil enlazar los contenidos de este quinto capítulo con el que lo antecede, es perfectamente posible deducir que el álbum fotográfico “porno”-etnológico de las misiones anglicanas, con el cual Guevara mantendrá una relación ambivalente, devino en que el profesor normalista se interesara en estudiar las “costumbres íntimas” de los mapuche, un discurso que sin embargo se verá atrapado “entre la necesidad de una biopolítica de fomento al mestizaje o ‘cruce de razas’ y la condena a las formas impúdicas de la sexualidad de las mujeres mapuche” (p. 402).

Finalmente, el sexto y séptimo capítulos de la tercera parte del libro complementan un debate ya presentado por el autor en torno a la “patrimonialización de lo étnico” y la intervención de este dispositivo en la construcción de una identidad nacional políticamente imaginada. Vale la pena señalar que en el primero de estos capítulos hay cierta redundancia con la información presentada; así lo corrobora, por ejemplo, la yuxtaposición de anotaciones sobre los hallazgos arqueológicos de Max Uhle en el norte de Chile. No obstante lo anterior, esta última parte del texto tiene el mérito de introducir al lector en la “vida de las momias” (p. 437) a través de su sometimiento exhibicionista y aprovechamiento mercantil, y cuya “inmortalidad corporal” fue instrumentalizada hasta el paroxismo por ideólogos nacionalistas con el propósito de producir un “valor histórico” de los territorios recién conquistados por el poder estatal. Por eso, según Pavez, en directa alusión al trabajo de Gustavo Le Paige en Atacama, “todo lo que rodea la vida de la momia, en términos científicos, políticos y mediáticos, nos habla del momento sociopolítico que se está viviendo en Chile, sus relaciones de clases, su funcionamiento institucional y los procesos autoritarios de naturalización de estas dimensiones políticas de su historia” (p. 477).

Para terminar, una deuda del libro acaso sea la ausencia de un cierre que fuera acorde a las sólidas argumentación y recolección documentales que con dedicación construyó el autor tras más de diez años de investigación. Estas palabras finales, a modo de conclusión, habrían hecho posible proyectar un par de interrogantes para futuras indagaciones respecto al desarrollo de los *laboratorios etnográficos* durante la posdictadura chilena, un contexto político e ideológico transicional de recuperación democrática en el que se han transformado las relaciones interétnicas del país, pasando de un discurso autoritario de homogeneización nacional a una conflictiva fase de mutua convivencia entre neoliberalismo y políticas de reconocimiento de derechos indígenas.